

La imposible lucha contra la Norma
Marginación Social



Eduardo Haro Ibars

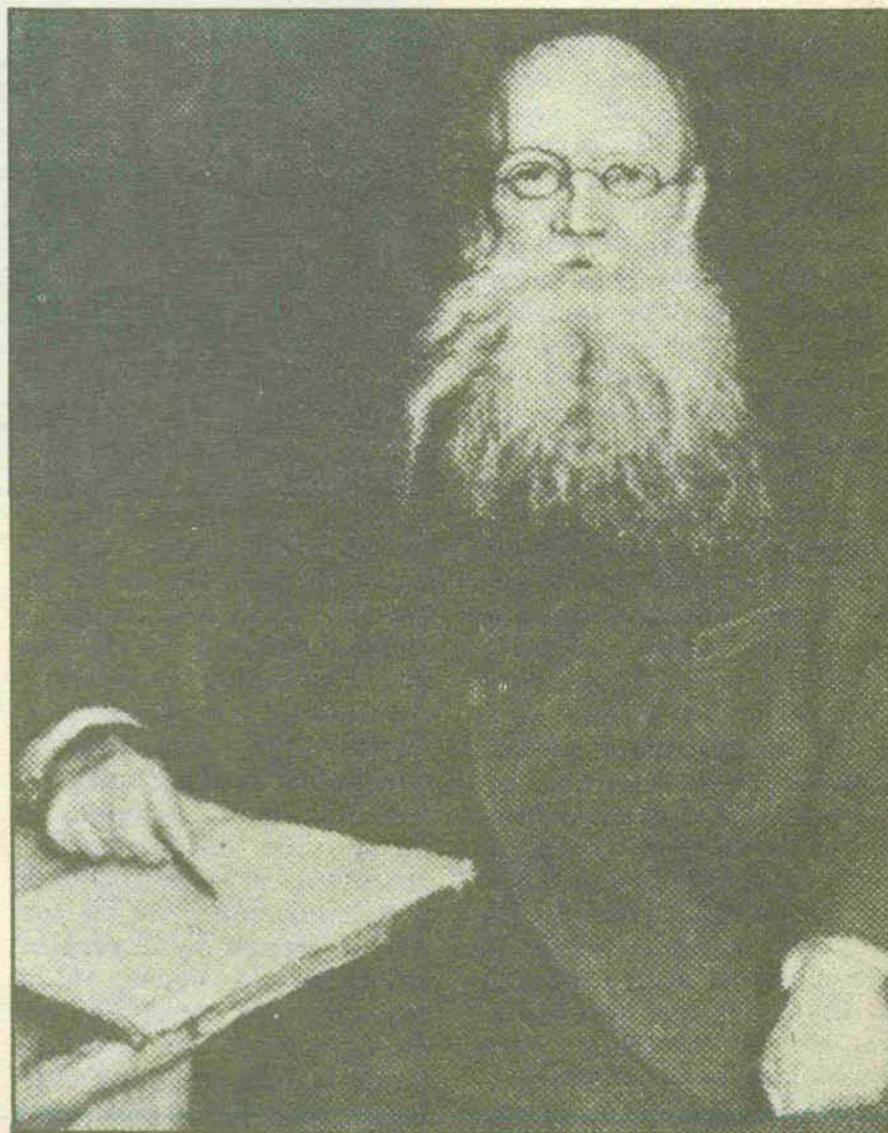
DESDE la muerte de Franco y el advenimiento del nuevo régimen, comenzó a darse en España un fenómeno que antes hubiera parecido impensable: algunos grupos de los llamados «marginados sociales» emprendían una lucha abierta —tímida casi siempre— contra el sistema jurídico y social que les oprimía. Los psiquiatrizados, los homosexuales, los presos sociales, etc., se empezaron a mover, en un empeño por cambiar la trama sutil de la vida cotidiana, desbancando a veces a los partidos políticos tradicionales en su protagonismo de la lucha por la libertad y la transformación del mundo que habían asumido contra la dictadura de Franco. Desde entonces ahora, el famoso desencanto, esa sutil forma de decepción fomentada por la pseudodemocracia que sufrimos, ha hecho mella también en todos estos grupos y movimientos, de tal modo que la timidez inicial ha degenerado en apatía. La lucha contra la Norma está, ahora, en un punto muerto. Las causas son muchas, y muy diversas.

PERO ¿QUE ES UN MARGINADO?

«Epilépticos, hippies, madres solteras, locos homosexuales, delincuentes, prostitutas, gitanos, vagabundos, drogadictos y alcohólicos, sordomudos, tísicos, varones exhibicionistas, enanos, tullidos, leprosos, sifilíticos, albinos, anarquistas y en general todas las mujeres; así como aquellos cuyas taras son secretas: la neurosis o las barricadas». (1)

Podría decirse que la sociedad que soportamos está compuesta por un abigarrado número de grupos, minoritarios o no, separados los unos de los otros y marginados por completo de ese Estado que se supone formamos todos; grupos a menudo antagónicos, oprimidos siempre por la maquinaria del Poder, incapacitados para autodeterminarse y decidir con respecto a sus propias pecu-

(1) Manuel Gómez Beneyto. De una conferencia reproducida en el núm. 1 de «Temas Monográficos de Sexología», del Instituto Lamba. Barcelona, 1976.



Príncipe Kropotkin: su comprensión de los problemas del pueblo ruso, le llevó a una especie de automarginación mesiánica verdaderamente excepcional.

liaridades. Marginados somos todos, además de los que se nombran en la cita inicial: los trabajadores explotados —trabajador y explotado son, aquí y ahora, sinónimos— los jóvenes, los ancianos, los militantes de partidos de ultraizquierda, e incluso —aquí no establezco ninguna valoración moral— los «Guerrilleros de Cristo Rey» y las maltratadas amas de casa decentes. Grupos todos que sufren de una doble enajenación: unos de otros —rompiendo la ficción de una supuesta convivencia social basada en contratos, en admisión de las peculiaridades ajenas— y del aparato estatal, que los maneja a su antojo. Ahora bien, si todos somos marginados, algunos lo son más que otros. Tal es el caso de todos aquellos que sirven de chivo expiatorio para la sociedad en general; cuyas actividades no son sólo reprimidas desde el punto de vista de la moral y las conveniencias sociales, sino de la Ley que los encarcela, o de la Medicina que los encierra en manicomios y otras instituciones especiales: homosexuales, drogadictos, «locos», «delincuentes»... Estos sirven, entre otras cosas, para que los demás ciudadanos, que no tienen estas peculiaridades, no tengan conciencia de su propia condición de oprimidos y marginados y se sientan integrados en el Cuerpo Místico de la Sociedad, tranquilos y contentos con el papel que les ha sido asignado. En este caso, como en todos, la excepción no sólo confirma la regla, sino que la inventa. La Norma necesita, para existir, de los a-normales. El marginado nunca lo es de una manera voluntaria. Puede ocurrir —ocurre con



bastante frecuencia— que, al tomar conciencia de su situación, se afirme en ella y rechace de plano el sistema que le ha segregado, bien recluyéndose en guetos cerrados, bien emprendiendo una lucha activa contra tal sistema. Hay excepciones mesiánicas: de pronto, alguien que tenía un puesto de privilegio dentro de la Norma, se escapa de él, sensibilizado por la miseria de su entorno. Así ocurrió, por ejemplo, con el Príncipe Kropotkin, anarquista y defensor del pueblo ruso oprimido. Pero son casos aislados, atípicos.

Quien margina, no es ni siquiera ese ente abstracto —y ficticio, como todos los entes abstractos— al que llaman «la Sociedad». Margina el Poder, el Poder económico y el Poder político —dos caras de la misma moneda—; y el poder es concretísimo, y está en manos de personas concretísimas, con nombres, apellidos y cuentas corrientes que quieren conservar, y situaciones de privilegio que quieren seguir teniendo. Estas personas comprenden que es bueno para ellos que el hombre esté solo y separado, que se sienta culpable, que sea vulnerable



Las brujas, marginadas por excelencia, delincuentes por simple razón de Poder —en este caso, el Poder lo representaba la Iglesia—. Todavía hoy quedan, en fiestas y tradiciones populares, recuerdos de la bárbara quema de brujas.

siempre al peso de la Ley; y que las morales tradiciones —pues hay muchas, no una— ayudan a que esto sea como es.

Cada sistema social tiene sus marginados, y también cada momento histórico: brujas, herejes y poseídos en el Medioevo, cuando el Poder estaba en manos de la Iglesia; ladrones y locos cuando la burguesía tomó el Poder, tras la Revolución Francesa y la Revolución Industrial, cuando la Burguesía tomó el Poder, y se apoyaba en dos inamovibles pilares: la Propiedad y la Razón. Hoy, son «disidentes» los «locos», los

«enfermos». Y se tiende a llamar enfermo a todo aquel que rechaza la Norma, o no la cumple: homosexuales, drogadictos, psiquiatrizados, delincuentes, no son ya carne de presidio o de hoguera, sino carne de hospital. Y el médico ha sustituido al policía, o colabora estrechamente con él.

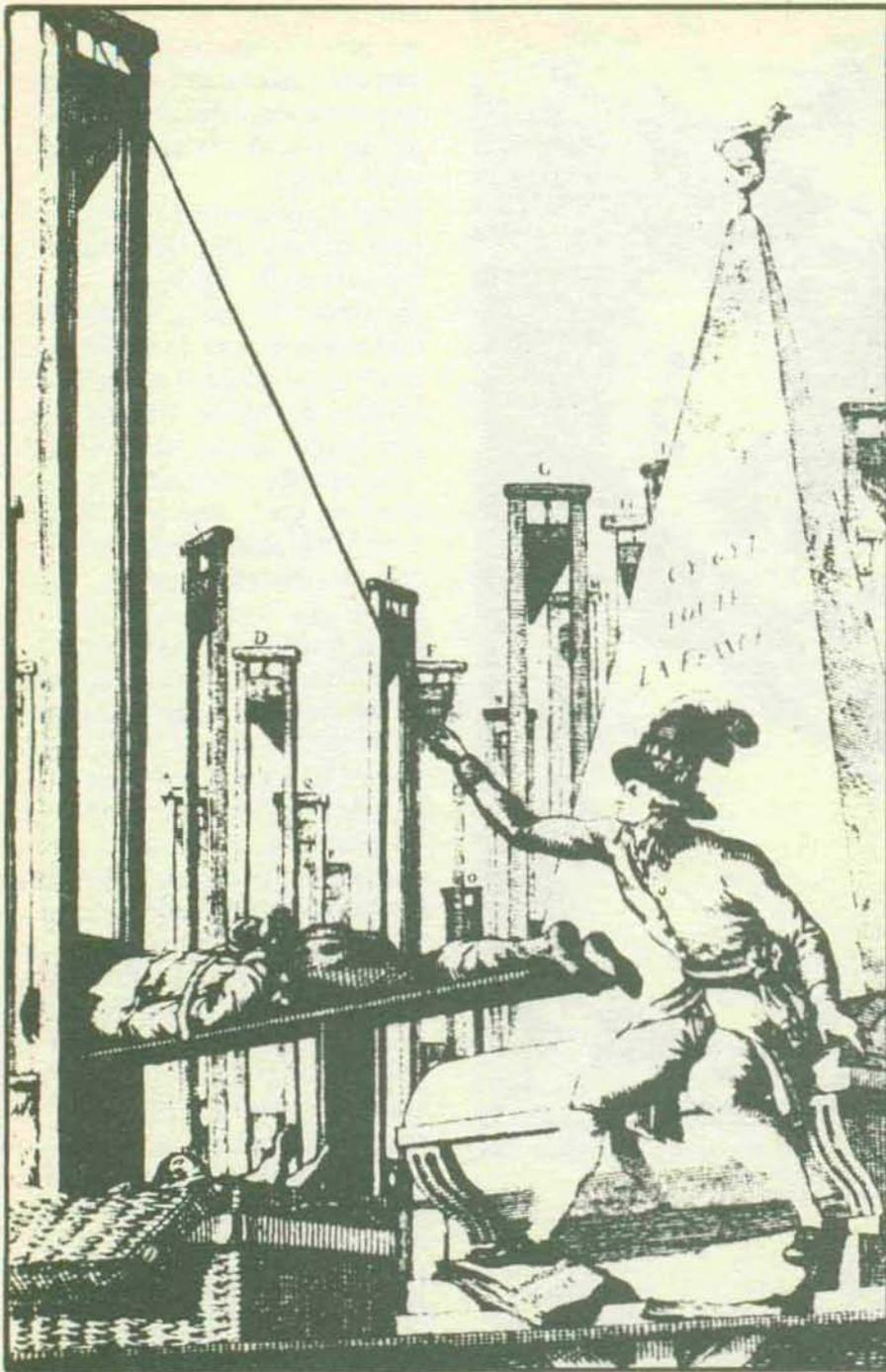
GRUPOS DE MARGINADOS EN ESPAÑA: UNA TRISTE LUCHA

«Los social sabe cuales son las amenazas que le acosan y les sale al paso, las ataja aún

antes de que lleguen a formularse como tales (.....) Lo normal amenaza nada menos que con detener el progreso social» (Fernando Savater) (2).

Amparados en la teoría neoanarquista de Goodman y Norman O. Brown, con el ejemplo de los grupos más avanzados que formaron el núcleo renovador de la Revolución de Mayo del 68; impulsados por la situación de intolerable opresión —cada vez mayor, aunque ahora esté disfrazada bajo el sonriente disfraz de la «tolerancia»— los grupos de marginados españoles, siguiendo el ejemplo de lo que ya se llevaba años haciendo en toda Europa y en los Estados Unidos, al amparo de la «democracia formal» que impera en los países occidentales, intentaron de una forma abierta, en el nuevo régimen predemocrático, hacer valer sus derechos, imponerse de una forma u otra al aparato represor. Los primeros grupos —homosexuales, por ejemplo— en manifestarse, no esperaron a la muerte del dictador. Así, en 1973 ya se habían constituido algunos en Cataluña, como AGHOIS (Agrupación Homófila para la Igualdad Sexual), de donde saldrían más adelante el MELH (Movimiento Español de Liberación Homosexual) y, después el FAGC, (Front d'Alliberament Gai de Catalunya), ya dotado de una estructura casi de partido político —con células, secciones de barrio, aparato de propaganda, etc.—. Tales grupos eran aún reformistas y sólo limitaban sus reivindicaciones a la defensa de los homosexuales en casos

(2) Fernando Savater. Artículo publicado en la revista «Por Favor». Barcelona, 1977.



Después de la Revolución Francesa, eran máximos marginados el «loco» —delincuente contra la «Razón»—, y el «ladrón», que atentaba contra la «propiedad». La guillotina y el manicomio acababan con los enemigos de estos dos pilares de la sociedad burguesa.

fuerte y represivo en España, y todavía el nuevo Régimen no ha conseguido ajustarse bien la máscara liberal y tolerante de sus hermanas mayores, las democracias europeas. Los psiquiatrizados hubieron de ser amparados, precisamente, por psiquiatras liberales o marxistas, incitados por las experiencias de Basaglia en Italia, o por la antipsiquiatría —que más bien podría llamarse «nueva psiquiatría» o «psiquiatría

concretos, sin tener una conciencia clara de lo que significa la Norma como opresión, de la necesidad de un cambio social radical. Buscaban la erradicación de la Ley de Peligrosidad Social, dictada en el año 70 para sustituir y mejorar a la «Ley de Vagos y Maleantes» o, al menos, la exclusión de ella de los homosexuales. Sin embargo, ellos sembraron la semilla del cambio, fueron la

conciencia viva de los primeros grupos de marginados que funcionaron aquí. Y, poco a poco, el movimiento homosexual se fue extendiendo por toda España: Madrid, Málaga, Valencia; todos tuvieron sus frentes, sus grupos de lucha contra la Norma.

Los demás grupos marginados tardaron más tiempo en manifestarse; el sistema policíaco era, y es, muy

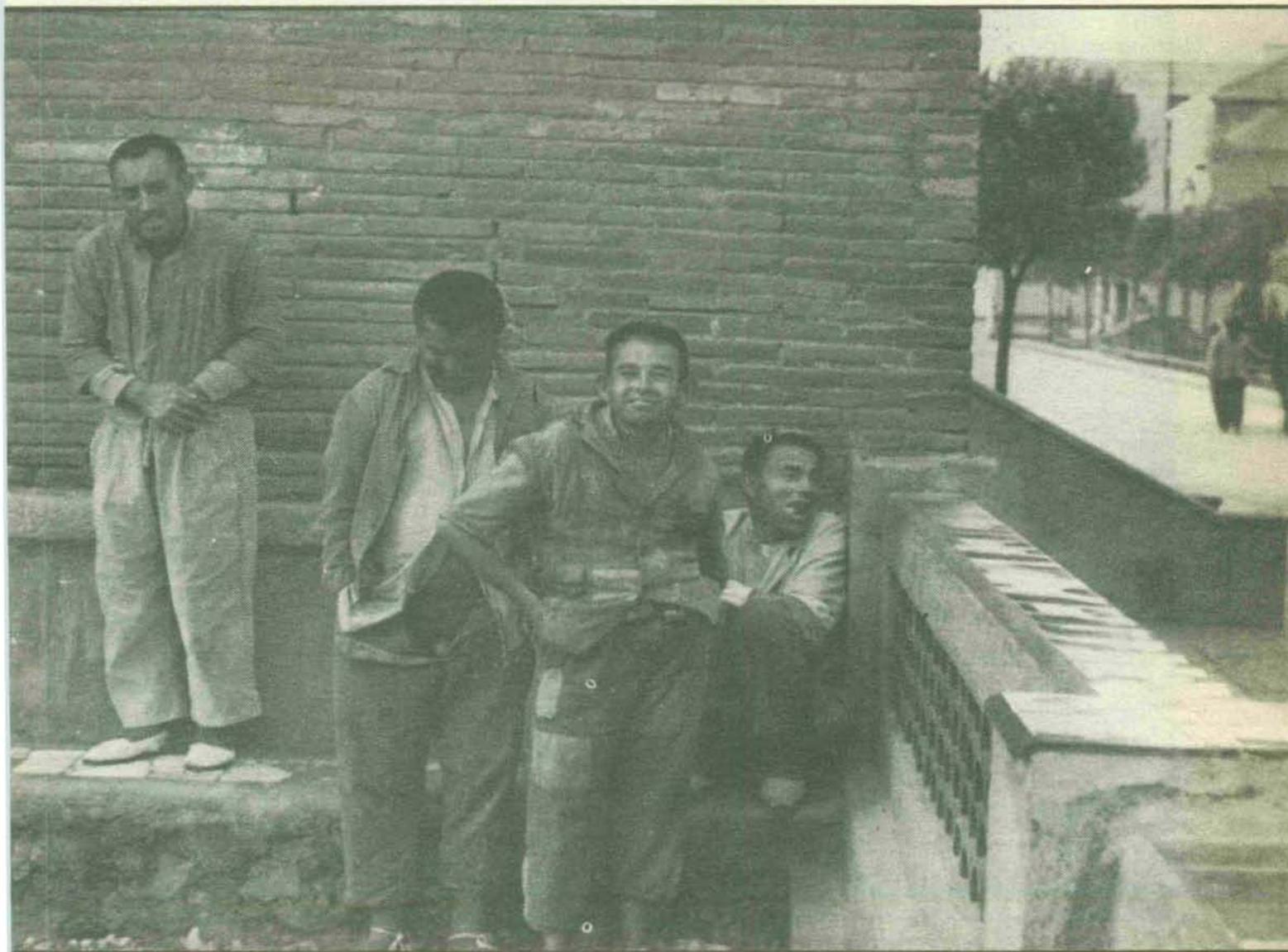
Hoy, son «disidentes», los «locos», los «enfermos». Y la institución manicomial sigue funcionando. El Gulag no está sólo en Rusia.



existencial»— de Laing, Cooper y Esterson. Las experiencias del «Hospital de Día», dirigido por el Dr. Enrique González Duro en la sala de psiquiatría del Hospital Francisco Franco, fueron un paso importante en la superación de la antinomia médico/enfermo, y un intento de lucha contra la cosificación del enfermo mental. González Duro y su equipo han tenido que luchar contra todo tipo de trabas burocráticas y contra todas las críticas morales y supuestamente terapéuticas que hacían fracasar su intento. La psiquiatría tradicional se ha visto amenazada duramente por este experimento, y ha luchado

contra él de todos los modos y maneras imaginables. Los sectores más concienciados de los presos sociales —concienciados, en parte, por su convivencia forzosa con presos políticos y miembros de grupos anarquistas; en parte por lo intolerable de su situación dentro de las cárceles— se unieron en una organización tan viva como fue la COPEL (Coordinadora de Presos en Lucha), que tuvo sus mejores momentos en los años 76-77, buscando sensibilizar a la opinión del país por medio de motines, autolesiones y manifiestos, sobre la situación infrahumana que se sufría y se continúa sufriendo en las cárceles de Es-

paña. La COPEL está, hoy, casi muerta. Por un lado, la hipócrita reforma penitenciaria llevada a cabo bajo la dirección de García Valdés —tras la muerte de su predecesor en el cargo de Director General de Prisiones, a manos de un comando del GRAPO—, que consiguió engañar durante un tiempo al público en general, y también a muchos presos; el casi total abandono por parte de los partidos políticos de izquierda —la CNT fue la única organización revolucionaria que les proporcionó apoyo, aunque tímido, al principio de su andadura— y, sobre todo, la durísima represión y dispersión de que fueron objeto en



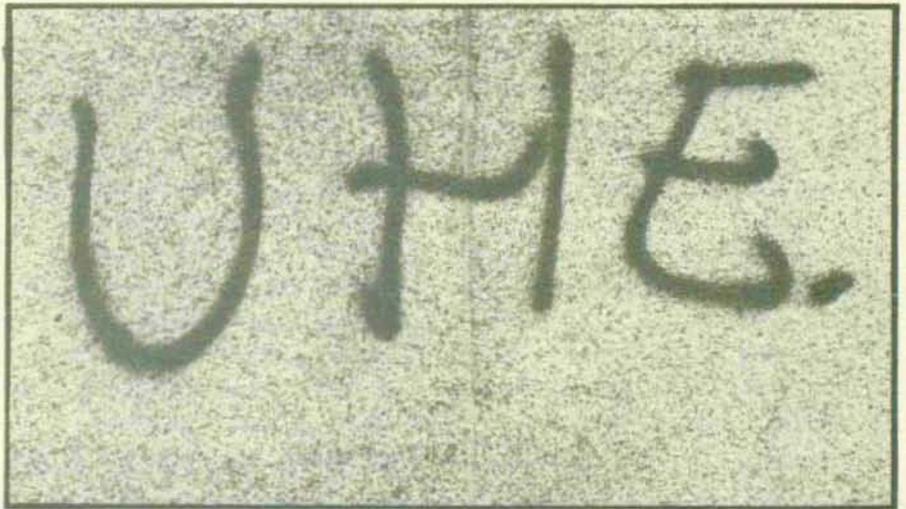


«Lo social sabe cuáles son las amenazas que le acosan, y les sale al paso, las ataja antes de que lleguen a formularse como tales». Fernando Savater —en la fotografía—, es uno de los pensadores españoles que más se ha preocupado por la marginación social.

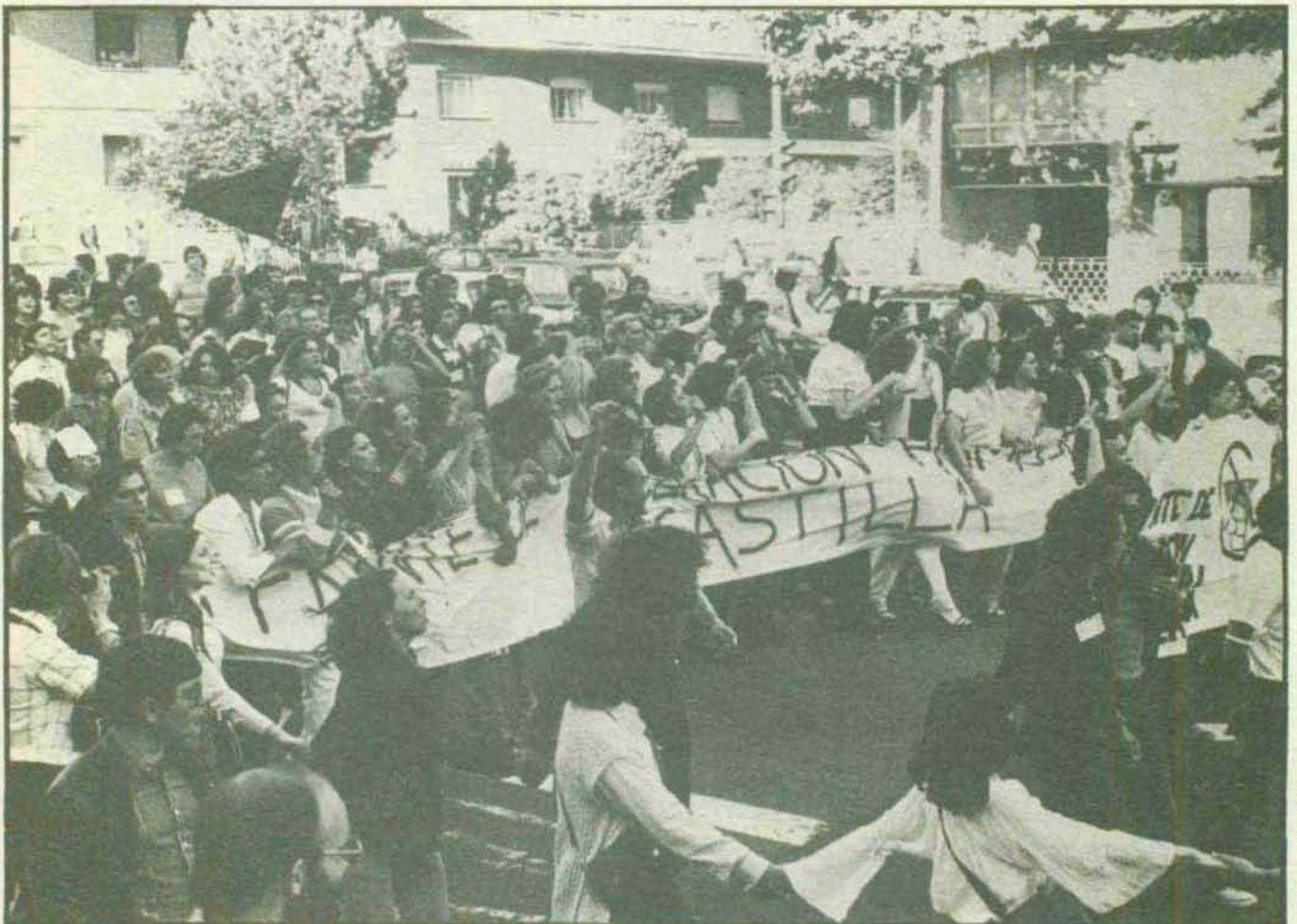
el interior mismo de las cárceles— palizas, conducción a prisiones durísimas, como la

de Herrera de la Mancha, o el Penal del Puerto de Santa María, suicidios...— desmembraron a la COPEL, que hoy ha perdido a un tiempo su fuerza dentro de las cárceles y su credibilidad fuera de ellas.

El acto más significativo que llevaron a cabo todos estos grupos reunidos, fue la serie de actos, conferencias y manifestaciones que se llevaron a cabo en toda España en junio de 1978, con motivo de la conmemoración del «Día In-



Pintada, en Madrid, de la «Unión de Homosexuales Españoles», un grupo que no llegó a cuajar.



La manifestación gay celebrada en Madrid, el 25 de junio del 78, agrupó a unas ocho mil personas, pertenecientes a todos los grupos afectados por la nefasta «Ley de Peligrosidad Social».

ternacional del Orgullo Gay». Yo fui testigo presencial de la manifestación masiva que se celebró en Madrid, y que fue convocada por el FLHOC —Frente de Liberación Homosexual de Castilla, formado por la fusión de tres grupos, FHAR (Frente Homosexual de Acción Revolucionaria) «Mercurio» y MDH (Movimiento Democrático Homosexual), vinculado este último de una manera subterránea al PCE— y apoyada esta vez por todos los partidos políticos y agrupaciones de izquierda. Allí estuvieron presente, no sólo los homosexuales, sino todos aquellos

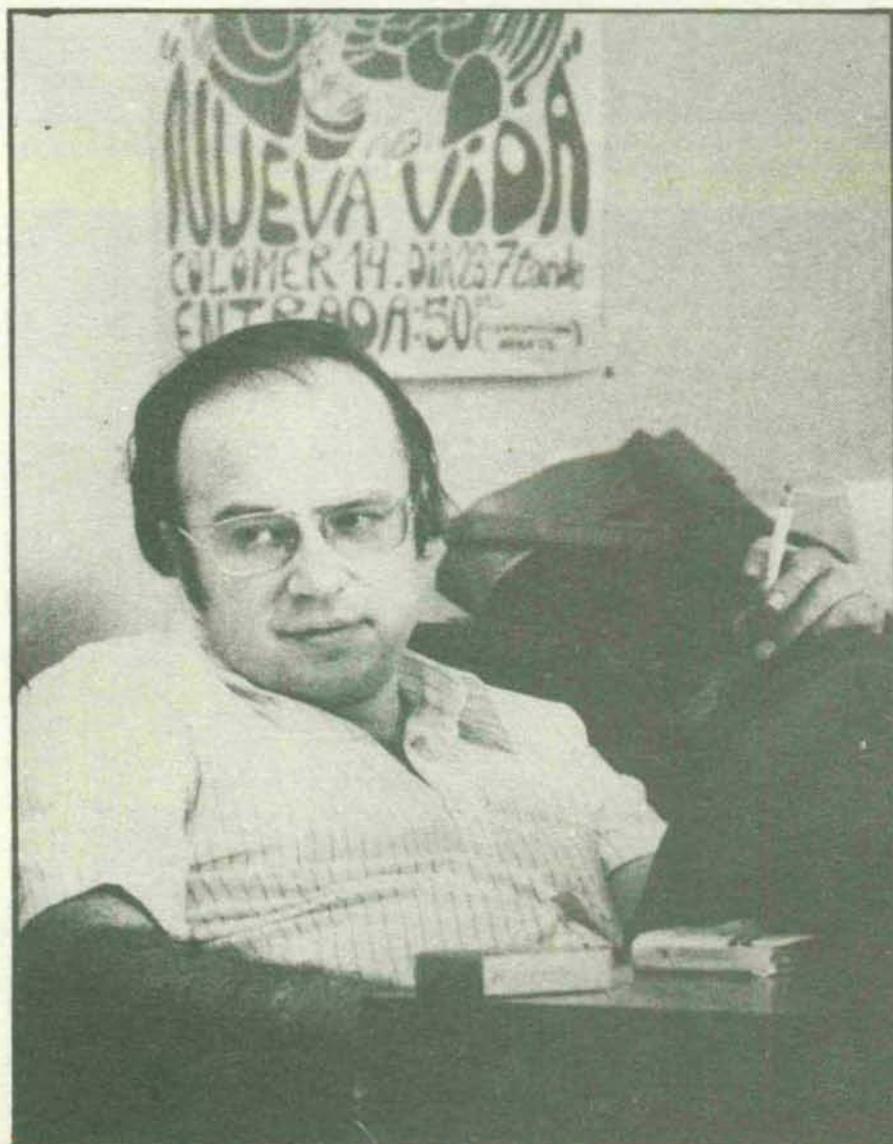
que estaban en contra de la Ley de Peligrosidad Social, y del Código Penal en su forma vigente: COPEL, prostitutas, lesbianas, psiquiatrizados... fue, en cierto modo, una fiesta, pero una fiesta muy seria, que agrupó a unas ocho mil personas.

La última manifestación convocada por el FLHOC en Madrid, en junio de este año, ha reunido a unas ochocientas o mil personas. Un diez por ciento aproximadamente de las que caminaron juntas hace dos años. Si hace falta una prueba del desinterés creciente por la lucha de las minorías marginadas, ahí está.

LA APATIA

La apatía que ahora alcanza a los grupos de marginados, es general. Tras la efervescencia de los primeros años después de la muerte del dictador, se ha visto que todo sigue igual, o tal vez peor, en todos los aspectos. Pero tal apatía, tiene en el caso que nos ocupa otros motivos, otras raíces más profundas.

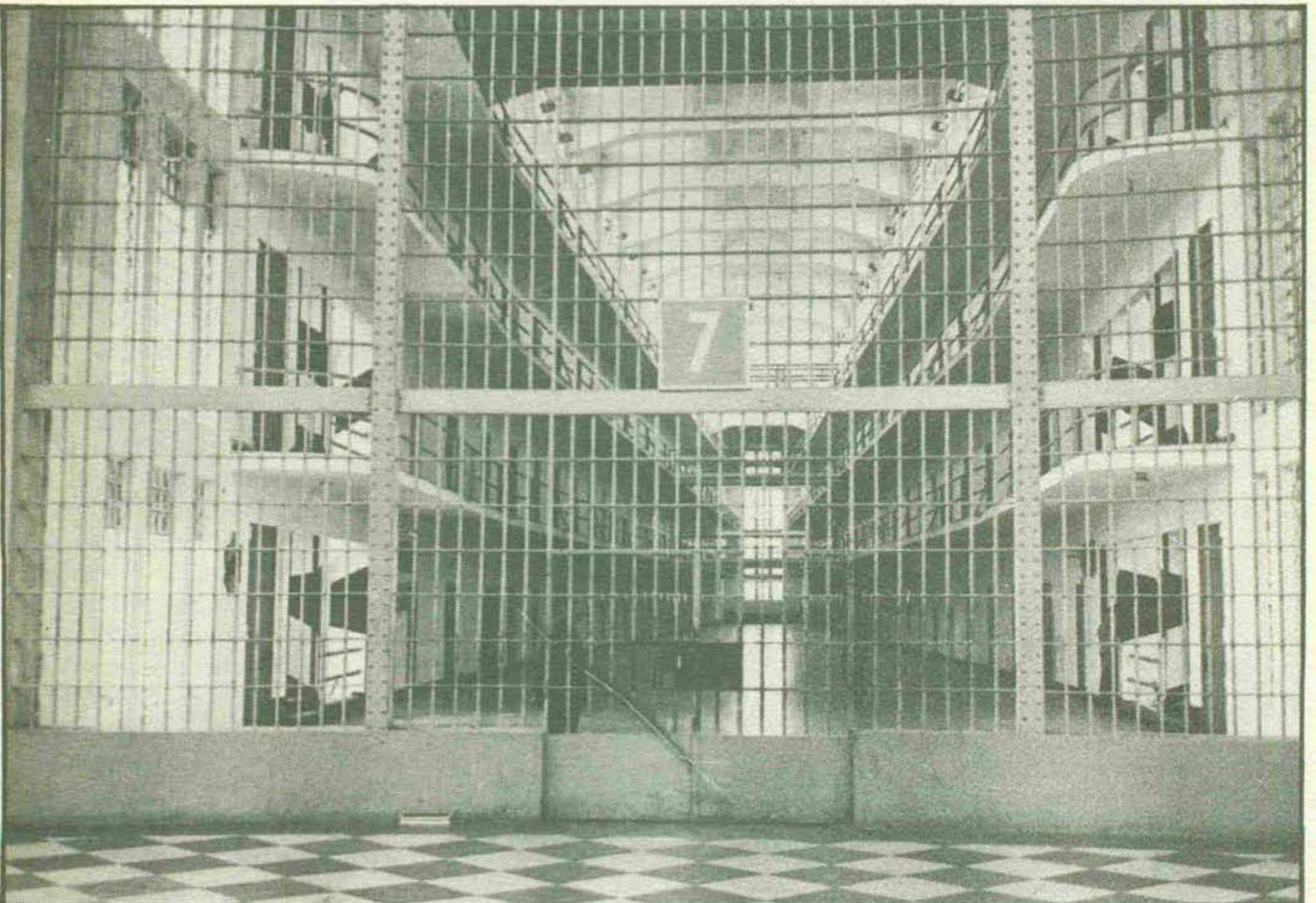
En primer lugar, podemos achacársela al funcionamiento interno de estos grupos. Ninguno de ellos, que sepamos, ha tratado de hacer un análisis teórico global de la situación social del país, del mundo en que vivimos. Se han limitado a plantear sus reivindicaciones pequeñas, sin tener en cuenta —o solamente de una manera formalista— las reivindicaciones de los demás. La idea de un «Colectivo de Grupos Marginados» no ha pasado de ser una utopía, algo que no ha tenido un funcionamiento real y efectivo. Los grupos de marginados —exceptuando algunos colectivos feministas— han fallado en el momento de hacer un planteamiento ideológico de su situación dentro de un contexto amplio social, económico y moral. La mayor parte de ellos, han sido aquejados de lo que se podría llamar «complejo de Caín». Me explico: Caín actúa y se rebela, no porque conteste la autoridad o la simple existencia de Yavé, sino porque desea ser aceptado por El. Se siente marginado contra su voluntad, y sólo pide volver al favor de Dios; y esto hace, precisamente, la fuerza del Dios que le margina aún más y que, a su desprecio inicial, une ahora la señal infamante



El doctor Enrique González Duro ha sido uno de los más abnegados luchadores a favor de una reforma radical de la psiquiatría en España.

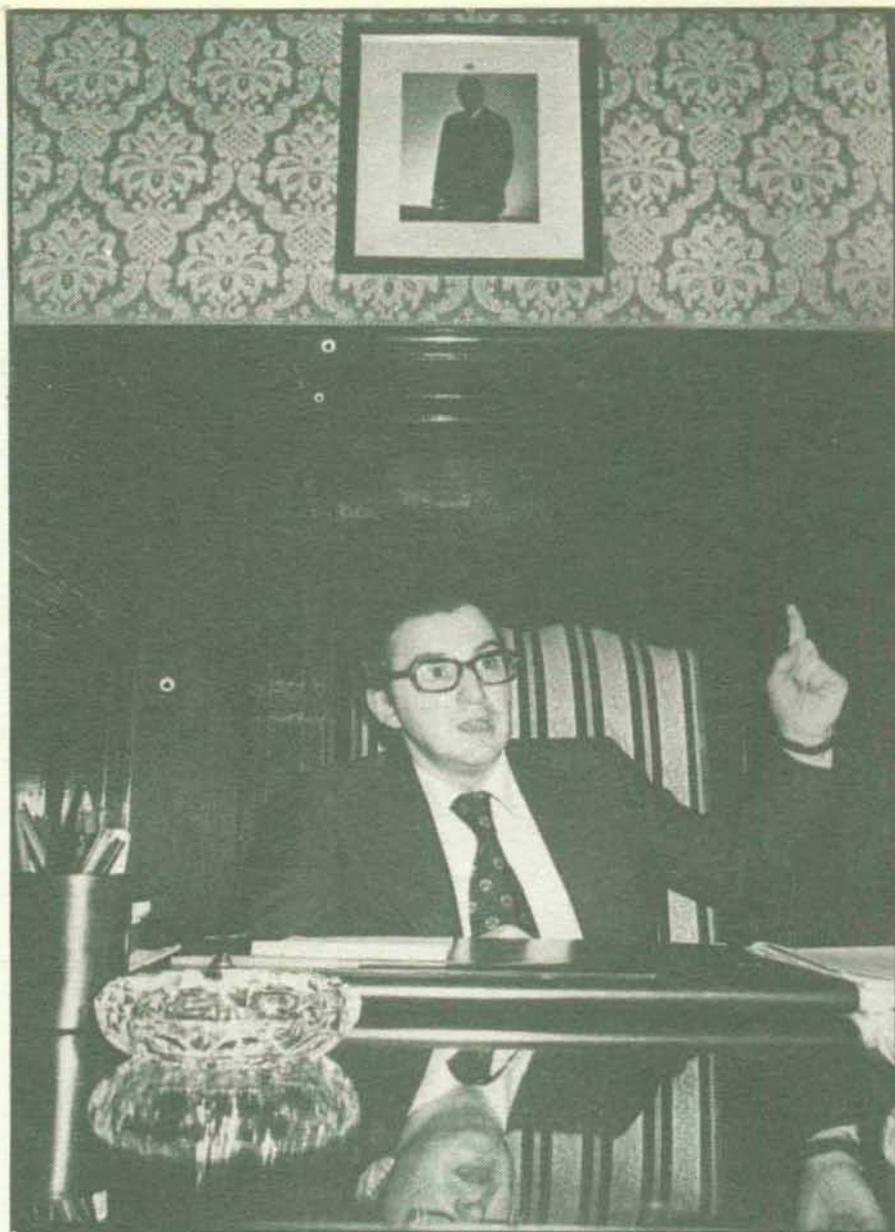


La COPEL tuvo sus mejores momentos durante los motines y manifestaciones de los años 76 a 78. Trataron de llevar a cabo una reforma auténtica dentro de la vida inhumana de las cárceles españolas.



RAMON RODRIGUEZ

Hoy, a pesar de todas las reformas, y de todas las luchas, la situación en las cárceles se ha endurecido, aunque haya determinadas diferencias formales. En la foto, séptima galería —la más dura— de la Prisión de Carabanchel (Madrid).



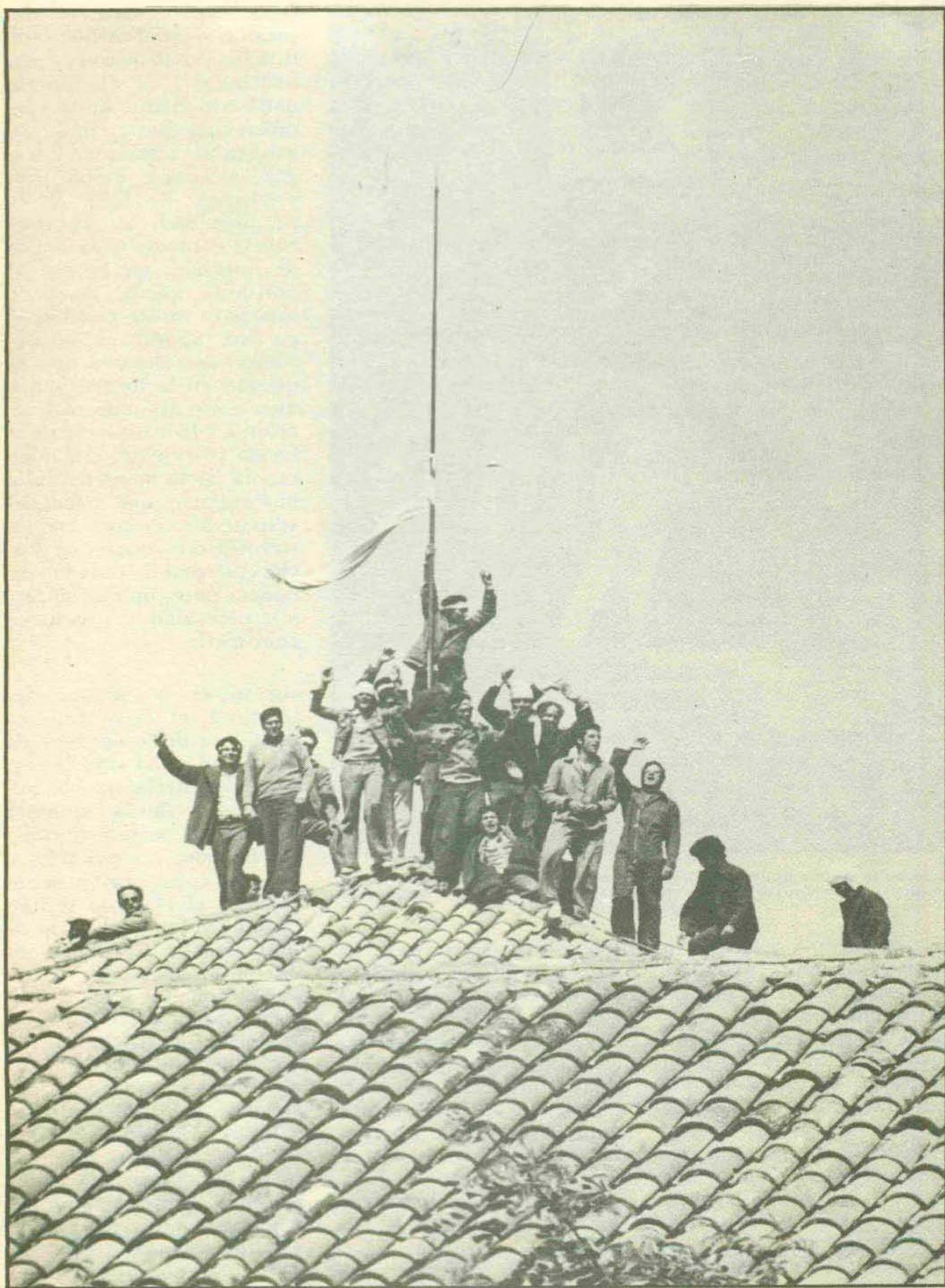
La hipócrita reforma penitenciaria llevada a cabo por Carlos García Valdés —en la fotografía— contribuyó con mucho a confundir a la opinión pública y a contrarrestar el trabajo de la COPEL.

del proscrito, marcada a fuego de manera indeleble. Del mismo modo, los grupos de marginados, en su mayor parte, no se han planteado desde el principio la lucha contra la Norma, sino que han querido ser incluidos dentro de ella, reconociéndola implícitamente: han querido ser reconocidos como «normales», integrarse a su sistema social. Los homosexuales católicos, por ejemplo, no han contestado jamás a la Iglesia Católica en general, sino que se han limitado a protestar, do-

lidos, porque su Iglesia no les reconocía ni les reconoce. Los presos sociales no han decidido demoler las cárceles y borrar incluso la misma noción de «delito», sino que se han limitado a pedir condiciones de vida más humanas dentro de ellas. Y así, todos. Esto, que parece ir encaminado a debilitar el sistema social vigente, le fortalece, por el contrario, y le da armas. Las posturas reformistas y no radicales reconocen el «Estado de Derecho» de aquello contra lo que se supone que luchan.

Otra razón para el **desecanto** —palabra que odio utilizar, por lo manida y mal utilizada— es el funcionamiento mismo de la «democracia» que vivimos, su astucia para asimilar y tragar a todos estos movimientos. Se basa en la permisividad, en la tolerancia —monstruosa forma de opresión, en la que el oprimido queda incapacitado para ver sus cadenas—, en las aparentes concesiones. Concesiones que se quedan en la forma, y que nunca van al fondo real del asunto; y la utilización de la forma por ejemplo, la tolerancia hacia la pornografía homosexual, que hace del sexo un bien de consumo estereotipado —hace que muchos pierdan de vista la verdadera opresión que sufren, y la necesidad de una lucha contra ella.

Un tercer factor que determina el mal funcionamiento de los grupos de marginados, ha sido el casi total desinterés que ha tenido hacia ellos la izquierda tradicional, parlamentaria o no. Partidos mayoritarios y de peso, como pueden ser el PSOE o el PCE, no se han pronunciado más que tímidamente, y con la punta de los labios, sobre temas como son la homosexualidad, las drogas blandas y su legalización, la Ley de Peligrosidad Social; cuando lo han hecho ha sido, casi siempre, con fines electoralistas. Tan sólo las Juventudes Comunistas, en su último Congreso, publicaron algunas ponencias interesantes sobre estos temas. Los únicos partidos que se han pronunciado abiertamente sobre el tema, de una manera consciente y sensata, han sido, primero,



Tal vez una vía de aglutinamiento y solución a la actual dispersión de los grupos marginados fuera la creación de un «Partido Radical», a la italiana, que defendiese los derechos y libertades del individuo. (En la foto, un grupo de presos amotinados en la prisión de Burgos, en el año 77).



Capilla ardiente del libertario Agustín Rueda, muerto en el interior de la prisión de Carabanchel, víctima de la brutal represión contra todo intento de humanización de la existencia carcelaria.

la Liga Comunista Revolucionaria y, Más tarde, el Movimiento Comunista y la Joven Guardia Roja. Los anarquistas de la CNT, por su parte, han mantenido una postura distante frente a estos asuntos. Se trata de un sindicato de trabajadores, que no tiene mucho que ver con estos asuntos de costumbres, aunque haya habido libertarios que, en grupo o individualmente, los hayan discutido y hayan apoyado a los grupos marginados. La lucha de los marginados se trata de la lucha más respetable que existe: la del individuo por su derecho a comportarse como tal, y --como decían los situacionistas-- «Gozar sin ataduras, vivir sin tiempos muertos».

Quizás la solución sería la creación de un «Partido Ra-

dical», siguiendo el modelo italiano, que luchase por este tipo de libertades individuales. Se habla últimamente mucho de él, pero nadie hace nada. Y serán las derechas

--o las nuevas derechas-- quienes acaben creándolo, llevándose el gato al agua, asimilando de nuevo una lucha digna, que se quedará una vez más en nada. ■

E. H. I.



Pina López Gay, que fue líder de la Joven Guardia Roja, uno de los pocos partidos políticos que ha sabido hacer suya, en gran parte, la lucha de los grupos marginados en España.

BREVE BIBLIOGRAFIA

«El Homosexual ante la sociedad enferma». Varios. Tusquets Editor. Barcelona.

«Grupos marginados y Ley de Peligrosidad Social». Varios. Ediciones «Campo Abierto» Madrid.

«La Rebelión de Los Homosexuales». Alfonso García Pérez. Pecosa. Madrid.

«El Preso Común en España». Ediciones de la Torre. Madrid.